EL DESPERTAR

Mi voluntad es incoercible, la noción de mi deber, irreformable, á no ser por mi propia inteligencia. En vano se me enseña una legislación dictada por Dios, adoptada por cien naciones, sancionada por los siglos; mi ley moral la juzga, y pronuncia sobre ella su inapelable fallo. Si la cree injusta la condena irremisiblemente.

F. PÍ MARGALL

Dirección Calle General Díaz N.° 439

AÑO 1	ÓRGANO DE LA FEDERACIÓN OBRERA REGIONAL PARAGUAYA y defensor de los intereses de los trabajadores	N.° 9

ASUNCIÓN, ENERO 1.° DE 1907.

1906-1907

¡Paso al nuevo año! El viene preñado de rica savia y, generoso, la derramará en el hombre que sufre, que siente, que agota sus fuerzas en detrimento propio, dándole energías, infundiéndole valor luego de fortificar la inteligencia, para alcanzar un eslabón más de la cadena por la que se subirá al pináculo de la igualdad entre los hombres.

La alfombra, pobre aún, que el obrero tendió en su espera, enriquecerá, no hay duda, pnes lo que era incognoscible hoy es del dominio obrero.

No culpes á tu antecesor de indiferente, no; sin él ¿qué fueras?.......Era necesario.

Hoy puedes barrer la alfombrada sala sin peligro de que las piedras obstaculicen tu obra. Ya hay conciencia. Y preparada la masa, el sol que se antepone alumbrándote el camino, revolucionará. El actual régimen social de hecho murió; no falta más que darle sepultura y, al calor de tus años, tú, que no envejeces nunca,sino que rejuveneciendo matas para dar vida, en la ya cavada fosa darás algunas paladas más para que presto fermenten los restos de un equivocado régimen que dió tan funestos resultados.

Hombres de ciencia te anunciaron y depusieron en tí todo su saber creyendo vendría con los bríos necesarios para grandes acontecimientos.

A tí se unirán formando un precioso verticilo las obreras que ya empiezan á sentir la necesidad de coadyuvar á la gran causa del trabajo. !Oh! ya lo sabes y por ello sonríes. Si, tu sonrisa no es la hipócrita del desdeñado; no, no es posible; es la sonrisa del que contempló tantas vejaciones, tantas crueldades y desea su época para edificar, pisoteando los cimientos pútridos de lo que fué y dando la última sacudida para que caiga cual pasa desprendida de la higuera.

Creístes venir de incógnito y te has equivocado; tu antecesor esparció las luces necesarias y gracias á ellas, hoy, con cualquier vestidura que te presentes, serás conocido. Es que también se te esperaba ancioso, pues que un año más, representa en la vida, un cúmulo de acontecimientos, un acercamiento á la verdadera libertad.

Creerás que ni vestigios se tenían de tus proyectadas obras regeneradoras y te equivocas: de algo había de servir al obrero los sufrimientos, el estudio, la reflexión, ello le valió anticiparse, demostrándote en el consciente recibimiento que eras conocido antes de nacer.

Verás con extrañeza, á pesar de todo, el que los hombres, dotados de inteligencia, no vieran más que la necesidad de un arraigado egoismo y el deseo vehemente de acaparar á costa de vidas agenas y aún propia; te extremecerás al contemplar que el hombre, ya en la categoría de civilizado, no sepa vivir sin el látigo, depositando toda confianza y acatando todo cuanto emane de individuos investidos con la túnica del poder, por más que ello esté en pugna con lo legal, lo criterioso, lo humano; te harás cruces, si eres amante á la tradición, viendo del modo cómo se conforman los pueblos con lo dictado, unas veces, por un solo hombre y, otras, por él y sus secuaces. Estas y otras aberraciones te agriarán y harán en tí el efecto de un estampido... mejor, también es necesario, pues que si fijas con la detención debida, encontrarás viriles pechos custodiando una idea y verás en ellos los centinelas de avanzada, dispuestos siempre á dar lustre, á costa de todo, á tí, 1907, que prometes tanto á los que aún se consideran novicios y los que demostrarán haber llegado á la madurez.

—

Toda esta sociedad que pulula entre dos aguas, la que emancipada del trabajo material ó del salario lucha por la conquista de un

bienestar que le permita radicarse en la holganza es, en el concepto de todo sano criterio, indigna por excelencia. En la historia vése muy reducido el número de actos de humanidad y progreso cometidos por la clase media. Hoy que la depravación ha llegado á su colmo es cuando más reprochables se hacen todos sus actos. Representa el papel de un simple capataz de fábrica ó de un militar de baja jerarquía.

Es en su generalidad el verdadero tipo hipócrita corrompido, vil y suicida, á la par que sus obras mucho tienen de criminales. Se parece al capataz ó militar por su orgullo y despotismo cuando trata con inferiores en jerarquía, y por su humildad rastrera, cuando trata con quien le pueda aplastar ó protejer: es el verdadero cómico que desempeña siempre paciente todo papel que le impongan las circunstancias.

Podríamos disculparle teniendo en cuenta su ignorancia, que de la cual no será seguramente el culpable, pero es indigno, porque habiendo pasado por el bajo escalafón del proletariado, conociendo profundamente los males que oprimen al trabajador, es la que menos consideración le tiene, es la que más inícuamente le explota.

Cuando alguno de nuestros filólogos ó críticos ha pintado ó representado en una escena cuadros de la vida de gentes de esta esfera, ellos han sido los primeros en reirse y los primeros en sentir las sensaciones de protesta contra procederes tan inhumanos é irracionales.

Cuando en embrión sus propósitos véselos cual suicidas sacrificar hasta el extremo su materia, á fin de acumular un algo que le sirva de base para hacer partícipe de sus mezquinas pasiones al primer infeliz que no haya tenido igual iniciativa, para expoliarle luego descaradamente aún del mísero mendrugo que por su intermedio y penoso trabajo haya podido conquistar.

Los que tienen familia (por desgracia de ella) son los que nos desengañan descorriendo el velo que cubre las pasiones humanas, y que nos hace aparecer la familia como una agrupación ligada por afectos altruistas.

Mala no es la razón que generalmente se atribuyen, pero mejor es como pretexto, para tener á su prole y muchas veces compañera, con la autoridad de padre, esclavos de un trabajo y privaciones que terminan frecuentemente con desenlaces funestos para ellos y aún para la sociedad.

La ciencia lo dice y la experiencia comprueba que todas las calamidades que abaten hoy á la especie humana, tanto morales como físicas, son producto de los sentimientos de gentes que tan bien saben luchar por el porvenir, advirtiendo como digimos, que estos mismos, son raras las veces que no paguen caras las consecuencias, motivo que faculta á acusarles de criminales y suicidas.

Son indignos, porque á más de acarrear sus actos males tan desastrosos, son los más retrógrados, y los que en su afán ciego de lucro, más se oponen á toda idea de progreso ó reformas sociales: ¡imbéciles que no saben ni quieren comprender que una reforma social, como ser la abolición de clases, sería la redención de ellos mismos!

M. V.

¡Que Vd. las pase felices...!

Estamos en plenas fiestas. ¡Alégrate, proletario...! Todo el mundo tiene derecho á expansionarse en estos días, dedicando el cuerpo al reposo y el paladar á deleitarse saboreando los delicados licores, manjares y golosinas que adornan las mesas de los privilegiados en estas festividades. Yo supongo que en la tuya tampoco han de faltar, y es muy justa mi afirmación por varios conceptos.

El primero y principal es porque, en cuanto te muestras tan refractario á todo lo que tiende á formular alguna petición en el sentido de mejorar algo tu situación actual en lo que se refiere á jornal, condiciones de trabajo, etc., es porque te das por satisfecho con lo que tienes, y no conozco á nadie que viva satisfecho si no posee lo que necesita.

El segundo el instintivo miedo que sientes de incurrir en el enojo del que todavía llamas *patrón*, como si éste te otorgara graciosamente la felicidad de toda tu familia con proporcionarte el trabajo que él no sería capaz de hacer, y fueras tú el beneficiado de su explotación.

Al no protestar de tu situación actual; al censurar á los que tienen fe todavía en la defensa de lo que te pertenece; al huir de las agrupaciones que al constituirse lo hacen con el solo objeto de aunar fuerzas para vencer mejor al enemigo; al formular, en fin, la silenciosa protesta que formulas con tu conducta contra todo lo qne trascienda más allá de lo que ahora tienes, me haces creer, como antes dije, que te

encuentras perfectamente; y como siempre me ha causado admiración el hombre pue se halla satisfecho con su suerte (quizás porque yo no lo estuve nunca), no puedo menos que decirte con una mezcla de asombro y respeto:

«¡Que Vd. las pase felices...!»

***

Si así no fuera; si, por el contrario, tu retraída conducta obedeciera únicamente á tu corta imaginación para capacitarte de tu deplorable estado, entonces, amigo, te compadezco. Sí, te compadezco, porque ni siquiera tienes el consuelo de comunicar á nadie las privaciones de tu hogar por tu precario sueldo; te compadezco, porque al rehuir todo trato con los que proclaman á voces la necesidad de hacer algo práctico para el deseado mejoramiento, no sólo te ves privado de hacer lo mismo, sino que te habrás de esforzar para aparecer resignado.

¡Qué penitencia para delito tan ténue! Y si tu delito, como creo, no es otro que haberte dotado natura de tan cortos alcances, ¿no te basta y sobra para despertar de tu letargo, el cuadro que te ofrece en estos días la población entera? Observa el ir y venir de la burguesía más caracterizada haciendo provisiones para entregarse de lleno á los goces que proporciona una buena digestión... Y tú, infelíz, que con tu esfuerzo has producido aquello mismo que acapara el que enriqueces, ¿qué provisión haces para regalarte tú y halagar á tu pobre mujer y desgraciados hijos? Con lo que aportar puedes á tu casa, no es necesario me digas lo que adquirirás para pasar *felices Pascuas;* comprarás lo que comes á diario, esto es: lo peor que se vende en plaza, poco y, por añadidura caro, por cuanto dice el refrán que «el último mono es el que se ahoga», y sabido y olvidado está que, hasta ahora, el últtmo mono sigue siendo el obrero.

Contempla el espectáculo que se te ofrece á la vista; y si aún él no bastara para hacerte comprender lo justificadas que están las protestas de las sociedades obreras, confiesa no tener nada que agradecer á la Naturaleza, por cuanto te privó del principal sentido.

***

Antes de terminar quiero hacer una declaración que considero pertinente:

Si intencionadamente me he excluído á mí mismo del número de los perjudicados en el presente estado de cosas, es porque me doy por satisfecho con el placer que me proporciona decir la verdad á todo el mundo, por amarga que ella sea, sin temer tampoco el que conmigo se haga lo propio, pero con fundamento. Creo que la falta más grave que cometo es la de predicar en desierto, y aun ésta, antes de que me la señalen la confieso yo, no sintiéndolo tanto por mí como por los que me leen y escuchan.

RAFAEL TENAJO

LA EDUCACIÓN

¡Qué educación la nuestra! Nace el hombre, y cuando no puede aún decir su voluntad se le hace cristiano. Apenas se desenvuelve su razón, se les enseña á recitar las oraciones de la Iglesia. Cuidase mucho de que no conozcan los secretos de la generación y se le oculta su propio origen. No se le revela que salió de su madre; si viene al mundo un hermano suyo, se le dice que se le trajo de París ó se lo encontró en una de las plantas de la huerta.

En las oraciones de la Iglesia encuentra, aún niño, motivos de interrogación y duda. En el *Ave María*: ¿qué quiere decir, madre que Cristo fué fruto del vientre de la Virgen? En los *Mandamientos de la ley de Dios*, ¿qué significa, madre, no fornicarás ni desearás la mujer de tu prójimo? En los *Pecados capitales*, ¿qué es, madre, la lujuria? En todas partes: ¿cómo he de entender, madre, que Jesús fué concebido por obra del Espíritu Santo?

Apurada la madre y cuidadosa siempre de que la verdad no se escape, forja mil desatinos con que perturba y entenebrece el entendimiento del hijo. Como el hijo sea precoz, la envuelve pronto en un mar de confusiones. Si Dios creó el mundo ¿quién creó á Dios? Si Dios está en el cielo ¿por qué no se asoma para que le veamos? Si todo es bondad, ¿cómo nos amenaza con castigos eternos?

No tiene la madre otro recurso que imponerle la fé y negarle todo derecho á la duda. Antes le entenebreció el entendimiento, ahora le contiene el vuelo del espíritu.

La madre, que es la primera educadora, le pierde por completo. Ya con el fin de aca-

llarle y dormirle le evoca fantasmas y le hace medroso; ya con el de premiarle, le lleva á comediones de magia y le trastorna el sentimiento de realidad; ya con el de complacerle le refiere ó le hace referir disparatados cuentos y le exalta, á costa de la razón, la fantasía.

Adquiere de día en día el niño viva curiosidad, y pregunta el origen y la utilidad de cuanto existe y la causa de los fenómenos de la Naturaleza. Ignora la madre y se enoja con tanto preguntar ó le imbuye en todos sus errores.

¿Le manda al colegio? Allí, sobre sentirse también su hijo bajo el imperio de una fe ciega, pierde en un violento descanso sus energías y tiene embargada su atención por estudios tan ingratos y difíciles como el de la lectura y aritmética. Lo que debería ser accesorio es principal y le hace aborrecibles el estudio y la escuela. Sometido á una severa disciplina no goza ni siquiera del derecho de interrogar á sus preceptores. Nada oye, ni de los fenómenos de la Naturaleza ni de las aplicaciones de la Ciencia.

La educación debería ser muy otra.

Nada de esconder á los niños la realidad de las cosas. Nada de turbarles el sentimiento con misterios religiosos ni fantasmas. Nada de confiar á madres incultas el desarrollo de la razón de sus hijos. Nada de colegios sin jardines donde puedan correr y jugar los alumnos tras cada hora de estudio. Nada de colegios donde no se alterne el conocimiento de la lectura y la escritura con el de la Naturaleza y la Ciencia por medios visibles y prácticos.

F. Pí Margall.

Á VUELA PLUMA

¡Escucha! ¿Sientes? Es el murmullo de la turba que, agigantándose por momentos enseña que el decrépito deja paso embargado por el temor ocasional de opresiones continuadas y de crujientes látigos.

¿Le atajas? No. ¡Qué locura! te derribará. Déjalo, déjalo que prosiga su carrera si no quieres te envuelva en la manta vengativa que extiende á guisa de túnica y lleva con objeto de esprimir con ella la sangre victimaria de sus enemigos.

¡Qué! ¿Es que aún no le conoces? ¿No le distingues? Es aquel que enmascarado contemplaba los banquetes servidos en ricas fuentes fabricadas por él; es aquel expuesto albañil constructor del palacio que hoy disfruta tu vista; es el triste, es el débil; el que estudió el cuerpo del hombre y se afanó por disimular sus defectos ensayando un nuevo corte de traje y está en camisa; es, en fin, el que todo lo hizo, al que todo se debe. ¿Le conoces ahora?

—Sí, es Dios...

Infeliz. Necesario era crear el que todo lo hiciese con objeto de robar hasta el derecho de productor. No. ¿Sabes quién es? Es el obrero, que comprendiendo sus derechos viene á afiliarse con sus camaradas pues comprende que sólo no puede exigir lo que por grado jamás conseguiría.

Es el obrero que, harto ya de tanta tiranía, ha resuelto ser libre y hacer libre á los que bajo sus brazos protectores se cobijan con el nombre de menores ó inconscientes.

Es el obrero que no quiere más amo, es el obrero que quiere comer según la exigencia de su estómago.

¿Le oyes? protesta de la mentira social pues que se hizo para engañarle; protesta de Dios que puesto en prueba se mostró tan tirano y tan poco inteligente que descubrió su origen mitológico; protesta de que las cárceles, construídas por él, guarden su cuerpo mañana que, víctima de una mala organización social, robe para vivir ó mate por libertad.

Y se distingue que fatigado por la opresión del pecho insano se sienta un rato, toma aliento y cuando vuelve á creerse fuerte, vuelve á gritar: ¡Quiero vivir!! Es derecho del que exige fiel cumplimiento la naturaleza y pues á sus órdenes estoy derribaré todos los obstáculos por llegar á la meta de lo deseado en beneficio de una imperiosa necesidad.

J. C.

¡OH, LA INSTRUCCIÓN...!

Maldita mil veces—la hora en que al yunque
Se aferra al obrero—sin darle instrucción;
Al paso que crece,—su vida destruye;
Al par que trabaja,—se hunde en confusión.

Sumido en las sombras—á tientas camina
Sin rumbo ni guía—para prosperar;
Y tras largos años—luchando á porfía,
Rendido, maldice—su fatalidad.

¿Sabeis la manera—más recomendable
De evitar el crimen—de lesa ignorancia?
Pidiendo lo vuestro—al que es el culpable
De que seais esclavos—desde vuestra infancia.

Ganando lo justo,—vuestras atenciones
Vereis satisfechas—sin dificultad;
Podreis instruiros—llegando á ser hombres,
Formando así parte—de la humanidad.

Si, por el contrario,—sufrís resignados
La mísera suerte—que se os depara,
Ni os vereis libres,—ni regenerados,
Sin ser otra cosa—que burros de carga.

Pensad que ya es hora—de que vuestros hijos
Sean redimidos—de la esclavitud...
Si les dais la vida,—¡debeis instruírlos...!
Mejor que ignorancia—¡dadles ataud...!

Sabiendo ser hombres—podrán defenderse
De las sacudidas—del fiero destino;
Mientras que, ignorantes, — pronto han de perderse
Siguiendo del vicio—el fatal camino.

¿Qué vale el magnate—con toda su plata
Sin ideas propias,—sin ningún saber?
Lo que vale un necio,—lo que un petulante
Que sólo ha nacido—para bien comer...

En tanto, un obrero,—si es instruído,
Aun vistiendo blusa,—por su dignidad
Será respetado,—de todos querido
Y elemento útil—á la sociedad.

RAFAEL TENAJO.

Asunción, Diciembre 14 de 1906.

Una idea que se revela á través de la historia extendiendo cada dia su saludable imperio; una idea que, más que otra cualquiera, prueba el hecho tan frecuentemente negado, pero con más frecuencia aún mal comprendido, es la perfectibilidad general de la especie, es la idea de la humanidad.

FLAMMARIÓN

INVESTIGANDO

Siempre culpamos á los burgueses, al clero, etc., etc., en el afán de quedar incólume de toda responsabilidad ante el derecho de evolución natural, diciendo: nosotros ayudamos, ellos son los culpables.

Que nuestro odio hacia ellos tenga motivo de ser, es razonable desde que nos desposeyeron de todo; desde que, gracias á ellos, hasta la vida se ha acortado.

Pero ese odio, bien mirado, no existiría, si todos los desheredados nos diésemos la mano amistosamente y nos abrazásemos cual hermanos, uniendo nuestras fuerzas en defensa de una misma causa: la emancipación obrera, y ello daría por resultado la paz en el orbe entero.

Mas ¿qué sucede? la indiferencia del obrero es tan marcadísimamente criminosa que ella aplasta hasta los que, sin más ayuda que la propia voluntad, ni más baluarte que su propio cuerpo, les defienden seguros de encontrar en esa defensa la recompensa al final de la obra, desde que cada cual pregona lo necesario á una sociedad por él deseable.

Y aquí cabe esta reflexión: ¿quién hace más daño y quién es más culpable? el discípulo que luego de muchos años de enseñanza, desconoce todo, pues su indiferencia al estudio le llevaba á matar pajaritos en vez de frecuentar las aulas ó el maestro que, aun no siendo bueno, pues no naciera con vocación para ello, lo es por gozar de un sueldo que le sustente, deja de dar parte á su casa de la inasistencia y sigue repartiendo luces á los otros, malas ó buenas?

Es de suponer que, si el obrero no está conforme con el calificativo de inconsciente, nadie más culpable que él desde el momento que conociendo sus derechos no se decide á ir en su busca.

J. C.

¿QUIÉN ES EL CULPABLE...?

(FILOSOFANDO)

I

Más de veinte años han transcurrido, y todavía conservo grabada en mi memoria aquella escena, precursora de tantas otras, iguales ó parecidas, como me estaba reservado presenciar en el curso de mi vida. Cuando mi imaginación me lleva hasta el lugar mismo donde se me hizó apurar hasta la última gota del amargo *elixir* del desengaño, siento que la sangre se agolpa á mis sienes, produciéndome el mismo atolondramiento que entonces experimentara, y sintiéndome capaz de renovar hoy, con idéntica energía, la campaña entonces sostenida.

Eran los comienzos del funcionamiento de la primera Sociedad de Resistencia á que pertenecí; nuestro primer cuidado fué confeccionar unas tarifas, reglamentada en forma de mejorar algo la precaria situación en que nos tenía sumidos la ambición burguesa; en sesión memorable fueron aprobadas dichas tarifas y tomado el acuerdo de su inmediata presentación á los industriales para que las subscribieran. Por mayoría de votos resulté elegido, en unión de otros dos compañeros, para el desempeño de tan delicada misión cerca de los patrones.

Mentiría si intentara negar que experimenté en aquel momento toda la satisfacción propia de una vanidad halagada á los veinte años. Con aquel entusiasmo que precede á toda campaña reivindicadora de derechos pisoteados, nos lanzamos en cumplimiento de la em-

bajada que se nos confiara. El primer establecimiento que visitamos pertenecía á uno de aquellos viejos ya en aquel tiempo, que todavía alcanzaron á respirar el impuro aire que en la tercera capital de España, como en toda ella, dejara el abominable feudalismo; uno de aquellos atletas del despotismo, que tanto abundaban, y que, al dirigir la palabra á sus operarios, lo hacía de modo tal que parecía que, tras su repugnante figura, ocultaba todavía la horca y el cuchillo.

Una vez enterado del objeto que allí nos traía, nos dijo de un modo que cada palabra parecía un dardo disparado contra nosotros:

—«Desde el número 7, que ustedes habrán visto en la puerta al entrar en mi casa, hasta lo más recóndito de ella, el único que impone la ley soy yo, sin que para nada haya necesitado nunca que *un cualquiera* de la calle la imponga en mis talleres.»

En medio de la natural turbación que semejante desprecio á nuestra dignidad de obreros honrados nos produjo, todavía encontré fuerzas en la afrenta misma, para decirle:

—«En la plaza de Crespins se encuentra nuestra casa social, adonde habrá de acudir usted el día que se canse en vano de esperar los operarios que hayan de trabajarle; pero sin olvidar que, para penetrar en aquel recinto, se habrá de despojar antes, como muchos otros, de ese orgullo avasallador que les domina, si no quieren verse arrojados de allí como merecen.»

Inutil decir que mi arrogancia provocó en aquel energúmeno una sonrisa, tan sarcástica y falsa, que no sé si calificar de desprecio, de ironía ó de rabia. Así continuamos durante tres días, recorriendo establecimientos y obteniendo, sobre poco más ó menos, idénticos resultados, pero sin perder nunca las esperanzas de amansar las arrogancias de aquellos *señores*.

II

Celebrada sesión y dada cuenta, por nuestra parte, del fracaso de nuestra entrevista con los patrones, se declaró inmediatamente la huelga general del gremio gráfico, sin tener para nada en cuenta el corto número de socios que éramos, como tampoco los escasos fondos de que disponíamos; allí no se pensaba sino en el amor propio herido; en nuestra dignidad de obreros conscientes ultrajada y escarnecida, y en lo dulce de la venganza el día de la victoria.

¡Cuarenta días de lucha! De lucha, sí, puesto que, no solamente tuvimos que combatir con los industriales, sino con las autoridades policiales que nos perseguían á toda hora del día y de la noche; contra los traidores que de fuera llegaban, y lo que era todavía peor, con las apremiantes necesidades de aquellos padres de familia que, sin el desprendimiento de los que todavía no habíamos contraído tantas obligaciones, nada podían llevar á la boca de sus hijos... todo se atendía, todo se vencía; había voluntad y ello bastaba. Lo que faltaba en el bolsillo sobraba en el corazón, y nos alimentaba más un discurso que la más suculenta comida. Puedo asegurar que nos acostábamos tarde oyendo una peroración entusiasta en favor de la lucha, y nos levantábamos temprano arrullados por una diana recomendando la unión. ¡Cuarenta días de privaciones, de desvelos, de prueba! Ellos bastaron para que aquellos tiranos, hasta entonces entronizados en los doseles que á guisa de emperadores se habían formado en los talleres, se reunieran y acordaran la aprobación de las tarifas por nosotros formadas; viniendo en persona á nuestro local social en demanda de los mismos operarios que antes tenían, por temor de que otro los sedujera antes, para atender mejor las exigencias del mucho trabajo aglomerado durante aquellos días... Yo, por mí, puedo aseguraros que me ví obligado á pedir tipógrafos á Barcelona.

III

Ganadas las primeras trincheras al enemigo; despojado éste del hábito de superioridad que hasta entonces le cubriera y, más que todo, convencido de nuestra tenacidad y unión para la defensa de nuestros derechos, no formulamos petición que no se nos concediera, consiguiendo por este medio, no solamente el aumento remunerativo que dichas tarifas nos proporcionaban, sino también la disminución á ocho de las diez horas que componían la jornada; el respeto de los días feriados; el aumento proporcional en las horas extraordinarias y, en una palabra, todas, ó casi todas las ventajas que algunos años más tarde se han hecho extensivas hasta estos países, por lo que mereció nuestra Sociedad más tarde la honra de imponer ciertas condiciones para ingresar en la Confederación española.

Si de los esfuerzos hechos en aquel tiempo se han obtenido ópimos resultados, no soy yo quien esté obligado á decirlo: cualquiera tiene facilidades para informarse del capital social con que hoy cuentan las agrupaciones obreras del ramo en España; la unión y solidaridad que existe entre todas ellas; el número de que se forma cada una y, lo que aún es más elocuente que todo esto, las condiciones en que trabajaba allí el obrero en aquellos tiempos y en las que lo hace en la actualidad.

Se ha llegado hasta donde podía exigirse, y aún más allá, si se tiene en cuenta que se trata de un país en el que las rancias costumbres del señorío cuestan tanto de desterrar y que, á más de tener la fatalidad de no contar jamás con un gobierno estable, los que se suceden son á cual peor y, por ende, nada hacen que resulte beneficioso ni para el país que dicen gobernar, ni menos aún para el proletariado.

IV

Después de lo expuesto y en presencia de lo que aquí acontece en la actualidad, ¿qué quereis que os diga sobre vuestro estado actual? Si habeis seguido el curso de mis desaliñados renglones, no habreis olvidado la contestación que obtuve del primer industrial con quien me encaré en mi juventud demandando algún beneficio para la clase á que todavía pertenezco; si no la habeis olvidado, repito, comparadla con la declaración espontánea hecha en mi presencia no hace mucho por otro industrial de esta localidad, y en ocasión de ofrecer un obsequio á sus operarios. En síntesis dijo lo siguiente:

—«Siempre me hallareis dispuesto á atender toda reclamación justa que se me formule; quiero que veais en mí, no un patrón, sino un padre; y de este modo, formando una familia y mirando todos por todos, conseguiremos el fin por todos también deseado... Creo justo que si el capital *monetario* por mí aportado produce interés, interés ha de producir también el capital *intelectual* por vosotros aportado».

Establecida la comparación á que antes hago referencia, sólo se me ocurre preguntar á los que se lamentan de que se adelante poco en el mejoramiento de la clase obrera en este país:

¿Quién es el culpable...?

Vosotros, nadie más que vosotros. Teneis la suerte de pertenecer á un país que necesita, como ningún otro, de la ayuda del obrero; en él la industria, en general, está demandando á gritos brazos que la desarrollen; la mayor parte de los que la fomentan son hombres modernos, progresistas, liberales, en fin; elementos que saben lo que vale un peso porque lo que tienen les ha costado venir de muy lejos y sufrir mucho para conseguirlo; su espíritu emprendedor no para mientes en otorgar lo que le pide el obrero con tal que éste le ayude en la realización de la empresa que se propone realizar... y con esta predisposición de ánimo, todavía se adelanta poco en el sentido de mejorar vuestra situación...!

¿Quién es el culpable...?

Vosotros, que cuando se trata de hacer algo práctico en el sentido de remediar el mal de que os quejáis, brilláis por vuestra ausencia del local donde se discute lo que más debe interesaros, teniendo para vosotros más importancia una función de circo, un baile ó un velorio (que es lo mismo), que una reunión del gremio, por más llamativos que sean los asuntos puestos á la orden del día.

Ningún beneficio me ha de reportar que sigais este ó el otro camino; nada espero ni de vosotros ni de los que puedan aprovecharse de vuestra apatía ó indiferencia para lo que debiera seros más interesante; empiezo ya á ser viejo y hace tiempo ya que aprendí que todos me pagarán con moneda parecida, pero lo que ni vosotros, ni los industriales ni nadie podrá usurparme, es la satisfacción que siento al deciros la verdad, tal como es, escueta y llanamente, porque entiendo que es la única manera de que, en plazo no lejano, la habréis de reconocer y agrupándoos en torno de la única Sociedad de resistencia del gremio que funciona en el país, cooperaréis con vuestras energías á que la marcha hacia nuestro mejoramiento no sea tan lenta como hasta ahora.

El sistema de las *lamentaciones* pasó ya de moda: en los tiempos que alcanzamos son *hechos* lo que se necesitan.

RAFAEL TENAJO.

Preguntado Sócretes de dónde era, no respondió de Atenas, sino del mundo; él, teniendo la imaginación más plena y más extensa, abrazaba el universo como su villa natal, daba sus conocimientos, su sociedad y sus afectos á todo el género humano; no como nosotros, que sólo vemos lo que tenemos delante.

NONTAIGNE

UNA ACLARACIÓN

Con este título acaba de lanzar al público un manifiesto el Consejo Federal de esta localidad, con el propósito de que él sirva para desvanecer ciertos erróneos conceptos que, como tales, favorecen muy poco el buen nombre de que es digna la Federación Obrera Regional Paraguaya y el de las sociedades á ella adheridas.

Con el propósito de que nuestros lectores puedan conocerlo con toda exactitud, creemos oportuna su reproducción. Dice así:

«El Consejo Federal ha venido observando, de algún tiempo á esta parte, las malas interpretaciones que se dan

á determinados asuntos que, relacionándose ó afectando directamente á una persona en particular, con objeto de atacarla, se hacen traspasar los umbrales de la Federación.

Habiendo sido formada esta entidad social con objeto de beneficiar á las sociedades federadas ú obreros en general, consultando y aconsejando según los casos; basada siempre en principios cuerdos y sanos, miró por el adelanto obrero, en lo referente, con especial atención, á lo intelectual y económico.

Sabido que cada cual puede defenderse á sí mismo; bajo esta hipótesis es por lo que el Consejo Federal reservóse el derecho de defensa cuando ésta se relacione con intereses generales y no particulares, á menos que se trate de un analfabeto ó ciego.

Contestar á señores expulsados del seno de la sociedad á que pertenecían, por traidores, no es nuestro propósito al lanzar estas líneas á la publicidad: de despechados, todo criterio concienzudo hace caso omiso.

Estas se dirigen al señor F. Torres Valinotti, el que, sin creer en él mala intención, da á conocer por una publicación en *El Cívico*, que el compañero Francisco Serrano fué á la Cámara de Comercio, en épocas en que peligraba, ó se creía, el buen nombre de la «Federación Regional Paraguaya», á dejarle en mal terreno; no siendo así, pedimos al señor Valinotti se sirva apersonarse á la Cámara de Comercio y pida informes sobre el particular, en la seguridad de que encontrará documentos firmados por el Consejo Federal y no por Francisco Serrano únicamente.

Los pasos dados por el Consejo Federal en esa época, fueron con objeto de que no se achacaran, como se hacía, á la Federación la tardía solución de la huelga de carreros y la huelga gegeneral, que tanto se comentaba y tan incierto era.

Por lo demás, sólo solicitamos del señor Valinotti, y con él de todos los que, no teniendo, quizás, conocimiento exacto del régimen y marcha de la Federación, no le atribuyan cargos tan denigrantes como los de aseverar la nulidez del Consejo Federal, pues que creen único en todo al compañero Serrano.

Y por el buen nombre de las sociedades que de su seno nombraron los delegados á la Federación, el Consejo Federal lanza este manifiesto, con objeto de hacer comprender, de una vez por todas, que no necesitamos jefes, desde que de ellos protestamos, y que, si por su caracter, alguien se quisiera imponer, luego de apelar á todos los medios factibles sin ningún resultado, se recurriría á su inmediata expulsión.

EL CONSEJO FEDERAL.»

¿FILANTROPÍA?

De tal manera se falsean las cosas en nuestros tiempos, que forzosamente tiene que causar aún en el ánimo de las personas de cierta pulcritud moral, la más pronunciada repugnancia.

Una de ellas, es la aplicación práctica que de la palabra que sirve de acápite á estas líneas se hace.

He observado siempre y con profundo pesar, que la que debía ser cualidad, quizá la más hermosa del animal pensante, resulta una chocante parodia, que lejos de ser la expontaneidad que la nobleza de sentimientos impulsa al individuo á aliviar la triste situación de su semejante, por el contrario, es una abierta exhibiciomanía, fruto de la más grosera vanidad.

Por una de esas catástrofes que devastan comarcas enteras y hasta importantes ciudades como San Francisco de California y últimamente Valparaiso, se inician listas de suscripción por todos lados; un derroche de óbolos y donativos que con el conocido pretexto de arbitrar recursos para socorrer á los damnificados, se consiguen recolectar respetables sumas de *patacuin*, como diría un hijo de la bella Italia, «poniendo de relieve en esta forma sus *sentimientos humanitarios* la sociedad»; pomposas frases con que bautizan algunos periodistas, las crónicas de esta naturaleza, y que al fin, no son más que aparatosas prodigalidades. Se organizan «bailes de caridad» (¡qué contrasentido!) para «allegar recursos con el producido de las entradas». Imagínense lectores, el contraste que se ofrece entre la aflictiva situación de las pobres víctimas de tales catástrofes que ya en las frías salas de los hospitales, verdaderos cementerios de vivos, ó ya en sus desmantelados hogares, sujetos á toda clase de privaciones, y los bien adornados salones de tibio y perfumado ambiente, al decir de las crónicas sociales, en las que, los concurrentes que

vienen á ser los contribuyentes, se entregan por completo á la danza, al compás de armoniosas piezas, ejecutadas por una bien combinada orquesta, *flirteando* por todo el tiempo que dure el baile, y pasando revista al *ambigú* á cada paso.

¿Se acordarán que sea por un momento, que mientras ellos en aquel gran salón inundado de luces y de alegría, gozan á más no poder, en esos mismos instantes, los seres, cuya crítica circunstancia motiva la fiesta, se revuelcan en su lecho de dolor sin encontrar una piadosa persona que le tienda su mano generosa aunque más no fuese para alcanzar un jarro de agua que aplaque su sed de moribundo?

Seguro estoy, que ni por un momento pasará por sus mentes la triste situación de aquellos desgraciados, cuya desnuda pobreza ¡oh sarcasmo! les proporciona grata espansión.

¿Y á esto llaman filantropía?

Por otra parte; se olvidan las miserias propias y se aprestan á socorrer las agenas, dejándose en suspenso aquello de: «la caridad bien entendida debe empezarse por casa».

Con esto no quiero decir, caros lectores, que estos desprendimientos no tienen su razón de ser, ni tampoco que la clase pudiente haga grandes desembolsos para sostener á los menesterosos; nó, nada de eso.

Pero sí, que el gobierno por un lado, dado los recursos de que dispone, debe aligerar al pueblo del peso que le agobia, permitiendo la libre introducción de las materias primas con que se elaboran los artículos de primera necesidad, como así también suprimiendo ciertos gravosos impuestos, que hace que la subsistencia diaria sea una pesada carga para el trabajador.

El comercio, por otro lado, debe despojarse de ese furor lucrativo que le vuelve insoportable, y procediendo con un poco de conciencia, hacer que el abaratamiento general de los artículos sea un hecho, y habrían realizado de ese modo, la más meritoria de las obras que el menos envidioso pudiera desear.

Es así, como sin necesidad de recurrir á humillantes limosnas se puede muy bien aliviar la suerte de todo un pueblo, que vegeta en un profundo malestar, socorriendo de esa manera á las victimas de esta permanente catástrofe que llamamos miseria, y que azota incesantemente las colectividades de todas las naciones del mundo.

Cuando hayamos derribado con la poderosa palanca de la solidaridad las barreras que nos oponen la ignorancia,—fuente de todos los males—entonces, con la más buena voluntad inspirada por el amor que sentimos hacia nuestros hermanos de infortunio que pueblan la tierra, acudiremos gustosos á ellos, llevándoles la fuerza de nuestras ideas y de nuestras voluntades.

Pero no olvidarse, ante todo, que debe empezarse desterrando el crudo convencionalismo, escoria de la civilización, que por doquier impera; si se quiere encaminar las cosas por la senda de la venturanza.

Magnanimidad, jusitcia, honradez, amor, etc., etc., son y serán siempre mientras subsista la hipocresía, palabras más que huecas, porque sirven de leña para las grandes fogatas de la corrupción moral de los pueblos.

G. Recalde

TRISTE EJEMPLO

No puede serlo más el que ofrece la agrupación «Federación de las Artes Gráficas del Paraguay». Los hechos hablan, con harto sentimiento de los que quisiéramos encumbrarla hasta la altura en que se encuentran las mejor organizadas del mundo.

En ella se tropieza con un verdadero cúmulo de dificultades á cual más grave, y que de no encontrar pronta y radical corrección, dando al traste con la perniciosa tolerancia que hasta el presente se ha tenido, indudablemente acarrearán funestas consecuencias á la institución.

Se empieza por el inconveniente de que no pocos de los que indignamente figuran todavía en ella, satisfacen sus cuotas (si lo hacen) tarde y con manifiesta mala voluntad.

Se convoca á reunión y, al hacerlo, se han de tener en cuenta un sinnúmero de circunstancias, ninguna de las cuales llega, ni de mucho, á justificar la ausencia de un solo compañero. En suma: que para congregar en el local el número suficiente de socios para celebrar sesión, se han de realizar verdaderos milagros.

¿Qué es esto? ¿Acaso nuestra condición de obreros puede admitir cosa alguna de mayor importancia que lo relacionado con el pan de nuestros hijos? Y si todo lo que en dichas reuniones se va á tratar tiende, directa ó indirec-

tamente, á tan laudable y práctico fin, ¿cómo se explica la indiferencia con que se leen las convocatorias de estas reuniones? ¿O es que entre nosotros se han mezclado duques y marqueses para los que se ha de procurar no molestarles y elegir el día y la hora más apropósito para que nos honren con su presencia?

Ya empieza á ser hora de que todos nos convenzamos de que nadie tiene la obligación de velar por los intereses de otro, y que el esfuerzo que haya de realizarse se ha de hacer entre todos, puesto que para todos también han de ser los beneficios que se obtengan.

Y todavía, con ser grave lo apuntado, no lo es tanto como lo que ocurre con deplorable frecuencia. Un individuo se levanta en plena sesión y, con la entereza que la razón proporciona, formula una acusación grave de la que resultan una, dos ó más personalidades acreedoras á una corrección. Hecha la luz y depurada la veracidad de la denuncia, estos señores prometen enmendar la plana y probar con actos que seguirán siendo *compañeros*. La Sociedad, fundada en la palabra de los que tal afirmación hacen, toma acuerdos, discute, investiga, pierde el tiempo, esta es la verdad, y al final de cuentas resulta que, aquellos que prometieron seguir siendo *compañeros*, lo que siguieron fué observando la misma conducta que se les censurara, quedando por ello sin cumplimiento los acuerdos tomados y, en fin, burlada la Sociedad, burlados los compañeros traicionados y con un palmo de narices el compañero que tuvo la idea de formular la denuncia de hechos que, para toda Sociedad que no fuera esta, serían reprobados como se merecen.

¡Y todavía son socios...

¿Qué hace ese Consejo Administrativo? ¿Saben los compañeros que lo forman para el fin que fueron elegidos...? Y si lo saben, ¿para cuándo esperan dar señales de vida haciendo algo bueno que, indudablemente, les agradecería la Sociedad?

Los acuerdos tomados en asamblea son sagrados en su forma y en su espíritu, sin que por nada ni por nadie puedan ser quebrantados, sin que antes no se disuelva la Sociedad y dejen así de regir los Estatutos aprobados.

El hecho que nos sugiere estas líneas está pidiendo inmediata reparación, por cuanto, de no ser así, tropezaremos con que, si hoy ha sido Perico el que impunemente ha mirado como cosa baladí los acuerdos tomados en sesión, mañana será Juanito el que querrá gozar de la misma impunidad; y á este paso, siguiendo por el camino de la tolerancia, no hay ni para qué decir á dónde iremos á parar dentro de poco.

RAFAEL TENAJO.

DECEPCIONES

Juzgo sería mejor
Tener obtusa la mente,
Que permanecer consciente
Del mundo, y conocedor.

El que el humano dolor
No contempla indiferente;
El que en su corazón siente
Aún un poco de calor...
Para él sería mejor
Tener obtusa la mente.

Pesimista, malo fuera;
Optimo, no puede ser,
Pues sería pretender
Trocar á lo blanco en negro.

Analicemos sinceros
Todo lo que hay de verdad
En el sistema que rige
A nuestra gran sociedad:

Aquí se habla de un Dios
Todo amor, bien y dulzura,
Padre de las criaturas,
Y quien su copia sacó
Para darles su figura.

Por sus hijos siempre vela;
Donde van ellos, les sigue...
Y, sin embargo, no impide
Que muchas veces se pierdan.

Dicen que libre albedrío
Les ha dado para obrar,
Complaciéndose en sembrar
Abrojos en su camino,

Para luego castigar,
Como Justo, como es debido,
Al que llega á tropezar
Y en la desgracia ha caído.

Aquí se habla de patria;
Bella idea... de la vida..
Tan vaga como aquel Padre
Y como Él definida.

Para unos, árbol es
Que produce rica fruta:
Esos, con mucha razón
Su bella sombra disfrutan;

Para otros, es la cruz
Que les conduce al calvario:
A éstos sólo les da
Miseria, opresión y llanto.
¡Y aun la siguen defendiendo
Tantos necios é infelices...
Pavos, que ni siquiera ven
Lo que pega en sus narices!
Virtud, honor y otras salsas
Como aliñan lo anterior,
Cada uno las prepara
Según su antojo y sabor.
Al pobre honra el trabajo;
Para el rico es deshonor:
Aquel se muere de hambre;
¿Que roba éste? ¡Mejor...!
Por eso cuando el hombre ve
Tanto crimen é injusticia
Queriéndonos disfrazar
La verdad con la mentira;
Y si quiere protestar,
Esa misma humanidad
Por la que lucha y defiende
Le contempla indiferente,
O es la primera en tirar
La soga con que han de acabar
Con su mísera existencia,
Sólo le resta exclamar:
«Sería mucho mejor
Que permanecer consciente
Del mundo, y conocedor,
Tener obtusa la mente».

M. V.

Zenón, en su tratado sobre el gobierno, se propuso enseñarnos que no somos los habitantes de tal terreno ó de tal ciudad, separados los unos de los otros por un derecho particular y leyes exclusivas, sino que debemos ver en todos los hombres conciudadanos, como si perteneciésemos todos al mismo terreno y á la misma ciudad.

FUSTEL DE COULANGES

Proceso Ferrer-Nakens

No hay nuevas noticias.

Sin embargo, continúa la campaña jesuítica en los periódicos reaccionarios, que dan por sentado y probado y resuelto que es culpable y que se le condenará, por más que falten las pruebas de toda culpabilidad.

Lo cierto es esto: que no hay ningún hecho, ninguna prueba que demuestre la participación del señor Ferrer en el hecho de Morral; pero hay empeño en condenarle.

Nada menos que la pena de muerte pedía el fiscal para el señor Ferrer. Sin duda se trataba de hacer una prueba, de tomar el pulso á la opinión pública. Luego se temió que el escándalo fuese demasiado grave y se contentaron con pedir doce ó catorce años de presidio.

Sin embargo, repetimos, no se ha presentado ninguna prueba; ningún hecho nuevo ha venido á aumentar la presunción de culpabilidad. Sólo ha aumentado la mala intención de los que quieren á todo trance condenar á un hombre por el delito de haber fundado una Escuela racionalista y haber dado lugar á que se fundasen otras muchas.

Si cualquiera de los clericales acusadores de Ferrer hubiese recibido una fortuna para sostener una Escuela en las condiciones que el señor Ferrer la recibió, seguramente que la Escuela no se hubiera fundado y el clerical sería rico y viviría con lujo. Pero el señor Ferrer obró de otra manera y no pueden perdonárselo los fariseos.

Ese es el crimen de Ferrer: la prosperidad de la Escuela Moderna; y por ese crimen se le quiere condenar, y no por la mentida participación en el hecho de Morral.

ATAVISMO FIERO

Tiempo atrás pregunté á un gracioso chiquillo de ocho años:—¿Qué deseas hacer cuando seas mayor?—Contestó:—Viajar con amigos; ir á lejanos países, levantar una fortaleza, llenarla de cañones y disparar contra los enemigos que quisieran asaltarla, y matarlos.

Descubrí que esas manifestaciones eran reminiscencias de un relato fantástico que acababa el niño de leer. A la verdad, no hay que atribuir mucha importancia á una respuesta en que habló más la imaginación que el corazón.

Pero, ¿no es singular que un niño cristiano, residente en país civilizado, en tiempo de paz, en el seno de una tranquila familia burguesa, exprese así deseos de conquista y de destrucción, como la cosa más natural del mundo? ¿No indica ello que la educación moral é intelectual dada á los niños se halla aún impregnada de un desprecio salvaje por la vida humana, de una adoración bárbara por la fuerza brutal, de un concepto primitivo y desalmado de la guerra?

Educamos á los niños con sentimientos generosos y civilizados; pero mil fuerzas distintas operan otro efecto en su ánimo; mil cosas que ven, leen, adivinan y oyen en nosotros, cuando no las respiran en el aire; cosas en que, inconscientemente. se manifiestan los antiguos instintos feroces de la especie, mode-

rados por una civilización que no ha penetrado aún en el alma ni en la sangre.

Se recomienda la dulzura al niño y, sin discernimiento, le enseñan una historia preñada de violencias y de matanzas humanas, que obscurece el concepto de justicia en él y le atrofia el sentimiento de la piedad. Le enseñan el amor al prójimo, y en su presencia se escarnecen los *soñadores* de fraternidad popular y de paz universal, como si se tratase de locos peligrosos.

Le hablan de humanidad y de nobleza; pero en nnestro lenguaje abundan las imágenes sangrientas, figuras canibalescas, frases indulgentes para la tiranía, la crueldad y el homicidio, cuando no se presentan en forma de delito común.

Esas contradicciones absurdas significan mucho en el padre que, para premiar los buenos exámenes escolares de su hijo, le regaló un pequeño sable, el niño blandióle inmediatamente, sableando con furia, como si quisiera cortar la cabeza á imaginarios hermanos en Cristo.

Obra grande haría quien, con intelecto profundo, practicase investigaciones bajo las apariencias inocuas, y aún benéficas, para poner de manifiesto, con sutil análisis, todos los gérmenes de iniquidad y de ferocidad que la sociedad insinúa en el alma del niño con la palabra y el ejemplo. Y no es extraño que muchos de ellos, cuando hombres, piensen y digan que, para regenerar en momentos críticos una nación, no existe otro medio, y se hace éste deseoso, que un *baño de sangre,* aunque no lo exija la propia defensa, emitiendo otras máximas—insensatas y horrendas—por el estiló de ésta.

E. De Amicis.

RENUNCIA

Ha sido sustituído en el cargo de secretario del interior el compañero Francisco Serrano, que renunció, por el compañero José Cazzulo.

Sociedad de resistencia de obreros joyeros, plateros y relojeros

Con este nombre se constituyeron en sociedad de resistencia y, siendo uno de los gremios más numerosos, es indudable que, habiendo reconocido la necesidad de asociarse, no solamente beneficiará al gremio lujoso y necesario, si que también será un poderoso contingente que dará mayor fuerza á la hoy poderosa «Federación Obrera Regional Paraguaya», pues que desde ya se adhirieron á ella. Al dar gustosos esta nueva tan halagüeña, El Despertar hace fervorosos votos por la prosperidad de esta novel asociación.

***

El acta de la fundación de esta Sociedad dice así:

«En la ciudad de Asunción, capital de la República del Paraguay, á los diez y seis días del mes de Diciembre de 1906; reunidos los abajo firmados en el local de la «Federación Obrera Regional Paraguaya», calle General Díaz, núm. 439, siendo las 7 a. m., con el objeto de fundar una Sociedad, convencidos de la imperiosa necesidad de su existencia, procedieron á una formal declaración que, desde la fecha, queda constituída dicha Sociedad bajo la denominación de *Sociedad de Resistencia de Obreros Joyeros, Plateros y Relojeros.*

Enseguida se procedió á la designación de los señores que debían componer la Comisión Directiva, en la siguiente forma:

Presidente, Francisco A. Ramírez; Vice-Presidente, Aurelio Torrents; Secretario, Andrés P. Palacios; Pro-Secretario, Manuel Cañete; Tesorero, Avelino Dávalos; Pro-Tesorero, Venancio Cabrera. Vocales: Marciano Sanguinetti, José Cabañas, Adolfo A. Florentin, Juan A. Gauto, Pedro Obelar, Max Polacojj, Cresencio Gamarra y Eladio Viera.

Igualmente se resolvió adehrir dicha Sociedad á la «Federación Obrera Regional Paraguaya», con lo que se dió por terminada la Asamblea, subscribiendo los asistentes la presente acta.—Francisco A. Ramírez; Venancio Cabrera, Manuel Cañete, Andrés P. Palacios, Avelino Dávalos, José Sanabria, Eladio Viera, José M. Cabañas, Adolfo A. Florentin, Pedro M. Obelar, Cresencio Gamarra, Juan Pablo Díaz, Demetrio Sánchez, Pedro Pereira, Marciano Sanguinetti, Estanislao Dicarte, Ramón Obelar, Juan Ferreira, Juan A. Gauto, Ponciano Vera, Pantaleón Villalba, Alberto B. Oliveira, Max Polacojj, Aurelio Torrents, Elías Frutos, Pedro P. Riquelme, Bernardo Rocha, Domingo González y Otomel Olmedo.»

***

¿Qué dirán á esto los que preparaban el cajón funerario á la *moribunda* Federación Obrera?

Es indudable que, cimentada en bases sólidas de apisonados granitos, el templo donde se discuten las ventajas y mejoras del trabajador se levantará, pese á quien pese y aun sacando los andamios.

La razón se impone; paso á ella. ¡Ay del que trate de obstaculizarla!

¡Salud, nuevos compañeros de lucha y que el triunfo en todo corone vuestra obra.

CUAL EL ACRIDIO...

Deja paso una época á otra, y ésta, en el deseo de llegar veloz á suplantarla, arrasa cuanto encuentra, no reparando en vallas; no mirando destrucción.

¿Se hará por medio de lo disperso ó lo unido? Si bien es cierto que las minorías arrastran las mayorías, no quiere decir esto que la lucha sea necesaria entre unos pocos cuando á ella deben plegarse los más. Y pues arrastrar no es luchar sólos, con la verdad por lema, debe difundirse una idea, aunque no de la misma manera del que echó miguitas de pan por el camino con el propósito de conocerlo, no; está expuesto á que muera antes de nacer. Preciso es, pues, educar y revolucionar á la vez, desde que la educación, en materia sin energía, puede dar, quizás, un sabio, pero nunca un luchador. Y es, si no propender al atrofismo, inclinarse á él.

El que todos conozcan del mismo modo una idea, no es el fin del que la propaga; y sin citar otros puntos, podemos aseverar que el de escasos conocimientos, valido de energías despertadas á veces por una sola frase, puede ser un héroe en el impulso que de un modo ó de otro dé, siquiera sea por entusiasmo, únicamente, á lo que no llegó á comprender en su esencia.

Dice un proverbio: «en la unión está la fuerza», y creemos que de esto no se aprendió más que á modularlo, sin echar de ver que no es que el hombre vaya solo, sino que nos deja para buscar otros, y que en su estado embrionario se aparta de lo útil á su especie por satisfacer su egoismo personal.

De esto se desprende que haya quien se burle hasta de sí mismo; y es que la época misma de las religiones dió paso á la del laryan, único y verdadero dios, fundamento actual do toda religión.

Ahora bien; disolver colectividades que, aferradas al tradicionalismo, se hacen refractarias, es una necesidad desde que son elementos precisos y, de hecho, adjudicables á ideas nuevas, libres, que son las llamadas á cortar con filosa guadaña todo lo cimentado en bases inseguras, podridas.

El ejemplo lo encontramos aún en lo más insignificante; y pues sería largo enumerar, ya que sirve de epígrafe á estas líneas, tomamos como ejemplo la atrevida langosta. ¿Es ó no insignificante el daño que pueda causar una? Y si este pequeño daño quisiéramos evitar, podríamos.

Mas no en compacta manada que, decididas, llevan por único convencimiento la necesidad de ración, el voraz apetito que las domina.

Así, el obrero por un lado y el burgués por otro, tratan de unirse, y unas veces éste lo devora y otras aquel. Y pues la misma langosta, viniendo en menor cantidad, se haría impotente ante la hermosa flora, domina, en cambio, sobre ella viniendo en gran cantidad.

Y es que el obrero debe unirse con el fin de conquistar un real bienestar, y nunca con el mezquino de magullar hoy lo que precisará mañana.

Y es que es hora de que el burgués comprenda que no todas las épocas son iguales, y que las armas de ayer contra el obrero se hacen hoy impotentes ante el adelanto intelectual de éste.

Pues también la gallina recibe alborozada al malévolo acridio, con el que se alimenta, sin comprender que, materia al fin, debe dar vida á otros, y que á éstos puede no irles bien con sus hartadas.

Y es que ellas las embuchan como cosas nuevas, sin preveer el error, pues que, si bien para ellas son jóvenes, por verlas recién, eso no constata nada desde que pudieron venir siendo ya viejas.

J. C.

Hay una virtud superior á la de la patria: el amor á la humanidad.

NABLY

EL MIEDO Y LA HIPOCRESÍA

Así como sin la mujer no existiría el hombre, la hipocresía no fuera posible sin el miedo.

¿Se concibe, acaso, pueda el hombre llegar á dominar su animalidad, siempre que actos contrarios á ella le obliguen á revelarse sin estar en perfecta amistad con el retrógrado miedo?

Él presta sus galas á su consorte y ella á su vez se disfraza de compañera, de excelente amiga, segura de que al morder dejará á salvo la honorabilidad de su amigo y conseguirá el más positivo triunfo.

Las religiones no se mantendrían en sus ideales tronos, si sus predicadores no estuvieran poseídos de una refinada hipocresía, hija

del miedo á la cólera de un ser sobrenatural.

El hombre no usaría de hipocresía para con la sociedad sino temiera la expulsión de ella, tal seguridad de la fundamental educación tiene, que bate con las mismas armas, con objeto de resultar, á pesar de todo, un cumplido caballero.

Y es concebible naciera la hipocresía en la sociedad, del miedo producido por la desigualdad de clases, sabido que el débil temió siempre la fuerza y el fuerte la astuta debilidad.

Por miedo se mató; por quedar bien con la sociedad se fingió con dolencia y esperando perdón desde el otro mundo, se hacen plegarias; á esto es agregable, según el personaje, el erigir una estatua en su memoria, en espera de que mañana hagan otros lo propio con él, aunque no haya sobresalido en toda su vida más que por crímenes de lesa humanidad, encubiertos con la máscara de la hipocresía.

El miedo cimentó la hipocresía y ella se mantendrá hasta tanto los cimientos no desaparezcan arrastrados por la oleada de conocimientos positivos.

Y en todo acto hipócrita se descubre al miedo como impulsor de la hipocresía: el dueño que soporta su dependiente por temor á que lo abandone ó viceversa; el colegial que demuestra cariño á su maestro, á pesar de continuados castigos que cree inmerecidos, por temor siempre á un nuevo motivo de enojo; el hijo que besa á su padre cuando tuviera motivos para odiarlo, por no considerarse lo suficientemente apto para ganarse la vida; el padre que odiando al hijo demuestra quererlo temeroso á la crítica que lo contrario ocasionarla en la sociedad, etc., etc.

Pero el miedo tiene su rama genealógica y nadie teme sin un motivo fundado: el propietario que ve en peligro su casa por los abusos cometidos; los gobiernos que mantienen la paz armada, reconociendo que únicamente la fuerza bruta tiene derecho de posesión, y en suma, todo lo basado en lo abusivo y erróneo se coloca en defensiva, domostrando con ello el miedo como producto.

Solo el obrero ansioso de libertad abandona la coraza, pues que toda su vida fué el blanco de las ambiciones y ya con el pecho libre, hace frente, sin temor á resultados funestos, puesto que va poseído de razón, derecho y voluntad.

¿A qué mentir si no hay motivo? ¿Producimos? Nadie con mayor derecho á la producción. Y si la mentira no cabe, la hipocresía no puede nacer.

J. C.

¿SERÁ VERDAD TANTA BELLEZA?

Parece que el Nuevo año
(Si otra cosa no sucede)
Ha de ser de nuestro agrado,
Recompensando el trabajo
Del obrero, cual merece.

Que todas las diferencias
Y rencores existentes,
Se volverán avenencias,
Y jamás inconveniencias
Impropias de buenas gentes.

Que unidos caminaremos
Por el sendero del bien,
Y de este modo obtendremos
(Y á fe que lo merecemos)
Que el taller sea un Edén.

Que excelente educación
Daremos á nuestros hijos,
Obteniendo su perdón
Porque, en cuanto á la instrucción,
Descuidados hemos sido.

Que el patrón comprenderá
Lo que, al fin, más le conviene;
Porque, si buen trato da,
Es seguro que hallará
El personal que desee.

Los dones del Nuevo año
Llegarán á lo infinito;
No será como el pasado
Que por herencia ha dejado
La dignidad hecha añicos.

Habrá trabajo abundante
Que será muy bien pagado,
Y no existirán tunantes
Que, á pesar de llevar guantes,
Al obrero han estafado.

En fin, que de ser ciertas
Las versiones propaladas,
Se acabaron las reyertas,
Tendremos dicha completa
Y en tranquilidad el alma.

Y como en estos juicios
Es difícil la certeza,
Termino mis extravíos
Dudando, lectores míos,
Sea verdad tanta belleza..

RAFAEL TENAJO.

Ultimo congreso obrero argentino

Lamentamos no dar cabida en estas columnas á las resoluciones tomadas por el último congreso obrero argentino, motivándolo la

falta de espacio, pues, sus múltiples asuntos, bien debatidos, ocuparían gran parte de esta hoja.

Esto no obstante, puede dar motivo á que los que se interesen por las resoluciones tomadas por dicho congreso, se apersonen al local de la Federación donde encontrarán periódicos de la Argentina y leerán el detalle por extenso de lo resuelto.

Sin voluntad propia

Era al caer de las doce. Dos jinetes cruzaban la picada en profundo mutismo. Sólo sentíase el rumor de los árboles al ser acariciados por una brisa suave. Al sobrepaso de los caballos crujían las desprendidas hojas, secas ya por el abandono del cuerpo que les diera vida, cuando uno de los mencionados jinetes dió alto á su corcel, con idea de encender un cigarro.

—¿Qué hay, Carlos?

—Nada; voy á encender un cigarro.

—Hasé pronto, que estamos lejos y tengo sueño.

—¿Sueño? Pues de buena gana iría al baile de doña Rosa... Y mirá: tomando este camino, se sale derechito á la casa de doña Rosa.

—Pues yo no; y á más, le prometí á María que no iría.

—¡Oh! Yo también le dije á Rita que no iría. Pero si vamos, ¿qué van á saber ellas? Y seguro que estarán Emilio y Antonio... Vamos; te prometo volver en una hora:

—No; no me gustan esos bailuchos. Y si lo saben las muchachas se van á resentir.

—Que se resientan. De todas maneras, hay muchas otras. Parece que nunca hubieras tenido novia.

—Sí, he tenido; pero nunca quise como á María.

—¡Oh! Tú eras el que decías que no querrías á ninguna, y ahora no vas al baile por ella... y si mañana te exije, te casarás con ella, porque la quieres.

—No; como la quiero, la dejaría de querer si tuviera que conseguirla por las leyes. Esas, precisamente, eran las razones que tenía para decirte que no amaría á ninguna mujer. Pero hoy esas razones han cambiado; hoy he encontrado á la que me entiende, á la que me necesita; hoy he encontrado la que siente, no la necesidad de un esposo por las leyes, sino la de un hombre que excite en ella la naturaleza.

¿Cómo crees tú quiera á una mujer que expresa quererme si se casa? Es decir, que no siente, que no cree en mi persona, que no quiere al hombre, sino al esposo, sujeto por las leyes, como aquel que al hacer un negocio firma un contrato en prueba de desconfianza.

—No, Luis; la mujer puede amarte, pero la familia no permitir que te unas sin visitar el Registro civil.

—Pues eso es, precisamente, lo que ha acontecido hasta la fecha: encontrar quien ame á su familia más que á mí... y por eso, Carlos, hay muchos matrimonios que pagan hijos ajenos: por no haberse querido con libertad, sino á consejo de la familia.

—Bien, dejemos esto y vuelvo á insistir en lo del beile; ¿vamos? Te prometo permanecer una hora nada más.

—¿No bailarás?

—No.

—Vamos, pues.

Así conversando llegaron al baile, apearon del caballo, lo ataron al palenque y pasaron á saludar á la dueña de casa, mientras los concurrentes palmeaban un tradicional «Santa Fe».......................................

....

—¡María! ¿Tú aquí? ¿Qué pasa? ¿Y esta sangre?

—¡Luis! No, no hables; yo te lo contaré; no te fatigues; pero ahora no; te haría daño, pues tienes fiebre; no estás para escuchar.

—Peor será que me devane los sesos en conjeturas.

—Bien, escucha; pero no te muevas; te fatigaría.

Anoche, cuando salistes de casa en compañía de Carlos, á ruego de él fueron al baile de doña Rosa. Carlos se puso á bailar y tú... tú también. Había un hombre que, buscando camorra, empujó á Carlos dos ó tres veces; Carlos se enojó y, en el momento que tú le decías que no hiciera caso, recibistes una puñalada que iba dirigida á él.

—¿Y Carlos?

—Está con Emilio y Antonio buscando al heridor.

Y tú, ¿con quién has venido?

—¿Yo? Sola.

—¡Sola! Y tu familia, ¿qué dirá?

—¿Mi familia...? ¿No fuistes tú el que me enseñó á querer...? ¡Y me reprochas...! Creí éste el momento de demostrarte cariño y no apartarme más de tí... si me quieres.

—¡María...! ¿Yo no quererte? ¡Oh! Jamás me apartaré de tí; no sabía lo que me decía.

—Bien, no hables; sosiégate y procura curarte y seremos toda la vida felices.

—Sí, felices, María; pero mucho más lo

seremos cuando tengamos un niño á quien le digamos: tus padres están unidos por amor como la felicidad duradera lo requiere; no como la sociedad lo exige; y sabe que nunca la humanidad será feliz, mientras el amor libre no se conciba como necesario.

—Has hablado mucho y te hará daño, Luis; descansa y no te acuerdes ni de Carlos.

—¡Oh, no, María! No es culpa de Carlos el encontrarme así; es mía. Yo, que blasonaba de hombre y aseguraba tener voluntad propia en todos mis actos, no debería haberle escuchado... Pero me pasó lo que á muchos: creí ser hombre que fuera educándote por medio del ejemplo, y esperé tu lección, María amada; creí tener voluntad propia y me dejé conducir por un amigo como hay muchos, de bailes y de café.

P. C.

NECESIDAD DE LA ASOCIACIÓN

(Continuación)

Y por no haber sabido comprender esto en todas las épocas pasadas, el hombre ha matado, despojado, esclavizado al hombre en formas mil diversas. Ha practicado y practica aún la solidaridad á medias.

Con menor intensidad que en los tiempos pasados, la insolidaridad impera en los nuestros con todos sus horrores. Los trabajadores, la gran masa de todas las épocas, son quienes más directa é indirectamente tocan sus funestas consecuencias.

No cabe duda que la sociedad actual es defectuosa en grado sumo; que falta en ella solidaridad.

Nos lo revela por un lado la extrema miseria y la extrema riqueza por el otro. Para que esto sea posible ha sido necesario que los poseedores de toda la riqueza crearan un órgano que les defendiera esta posesión. El Estado no tiene más objeto que este, y su funcionamiento produce súbditos que obedecen y superiores gerárquicos que mandan.

En todas las épocas y en todas partes estos poseedores y guardianes de la riqueza han realizado el tipo de la asociación egoista, poco solidaria, limitada un día á la casta sacerdotal, más tarde á la casta guerrera, luego al señorío feudal, á la monarquía absoluta aliada con la nobleza después, á la burguesía que la destronó enseguida, hasta nuestra época en que la plutocracia es dueña y soberana, pero excluyendo siempre de los mayores beneficios de esta asociación á la gran masa proletaria.

Estas asociaciones de sacerdotes, guerreros, señores feudales, monarcas, burgueses y aún la misma clase media, han buscado y buscan el bienestar de sus individuos por el camino del apoyo que se prestan mútuamente, encaminado á poseer, guardar, acrecentar y aún hacer defender sus riquezas por los mismos desposeídos, los obreros que, más ignorantes ó menos astutos, han tardado siglos y siglos en solidarizarse en clase bien definida para hacer frente á esta asociación del privilegio que les despoja secularmente.

Nunca como hoy la miseria y la riqueza se miraron tan hostilmente; nunca como en nuestra época se comprendió tan claramente que, para que la paz sea posible sobre la tierra, es necesario que se produzca la última batalla entre las fuerzas asociadas de los que poseen la riqueza y las fuerzas nacientes y asociadas de los que nada poseen.

Va á ser la lucha de dos jigantes: uno, empeñado en conservar á todo trance una forma de convivencia social que le beneficia grandemente, pero que está reñida con aquella verdad científica de que os he hablado al principio; el otro, empeñado en realizar una forma de convivencia social que beneficie á todos sus miembros por igual.

La verdad, el derecho, la justicia, están de parte del asociado más débil, materialmente hablando: el obrero.

El error, la prepotencia, la injusticia, están de parte del asociado más fuerte, materialmente hablando: la burguesía.

Y como en toda lucha material no basta tener razón, sino que es necesario tener la fuerza, el proletariado tiene que crear esta fuerza.

¿Cómo? Por medio de la asociación; por medio de la estrecha solidaridad de todos sus miembros, por medio del apoyo mútuo, en todos los instantes y en todos los lugares, sin el cual no vencería nunca.

Tiene que imitar y sobrepujar el espíritu de asociación de la burguesía.

(Continuará).